



El hijo
de
redención



una novela

FRANCINE
RIVERS

AUTORA DE ÉXITO DEL NEW YORK TIMES

El hijo
de redención



FRANCINE
RIVERS



*Tyndale House Publishers
Carol Stream, Illinois, EE. UU.*

Visite Tyndale en Internet: tyndaleespanol.com y BibliaNTV.com.

Visite la página de Francine Rivers en Internet: francinerivers.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Ministries.

El hijo de redención

© 2021 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en 1997 como *The Atonement Child* por Tyndale House Publishers, Inc. con ISBN 978-0-8423-0041-4.

Preguntas de discusión escritas por Peggy Lynch.

Fotografía de la portada © 2011 por Robert Papp. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la autora © 2014 por Elaina Burdo. Todos los derechos reservados.

Diseño: Jennifer Ghionzoli

Traducción al español: Patricia Cabral

Edición en español: Keila Ochoa

Las citas bíblicas sin otra indicación han sido tomadas de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El hijo de redención es una obra de ficción. Donde aparezcan personas, eventos, establecimientos, organizaciones o escenarios reales, son usados de manera ficticia. Todos los otros elementos de la novela son producto de la imaginación de la autora.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com.

ISBN 978-1-4964-4576-6

Impreso en Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

27 26 25 24 23 22 21
7 6 5 4 3 2 1

*Para todos los que viven con la angustia del aborto,
y para las familias que sufren con ellos en secreto y en silencio.*

*Vengan a mí todos los que están cansados y llevan
cargas pesadas, y yo les daré descanso. Pónganse mi yugo.
Déjenme enseñarles, porque yo soy humilde y tierno de
corazón, y encontrarán descanso para el alma. Pues mi
yugo es fácil de llevar y la carga que les doy es liviana.*

MATEO 11:28-30

Agradecimientos



Rick, gracias por tu continuo apoyo durante un año largo y cargado de fuertes emociones. Sin tu respaldo y tu aliento, y el de nuestros hijos, yo habría archivado este proyecto hace mucho tiempo.

Les estoy especialmente agradecida a las mujeres que compartieron conmigo sus experiencias sobre el aborto. Tan lejos como está el oriente del occidente, así de lejos ha llevado Jesús nuestras transgresiones. Las amo a todas.

Donna Cornell: eres una maravilla. Tú y los hombres y mujeres que sirven voluntariamente en los centros de atención para embarazadas tienen corazones compasivos. El amor de Jesús resplandece a través de ustedes cuando ministran diariamente a las personas que afrontan embarazos no deseados y a los que sufren la angustia de abortos pasados y relaciones incestuosas. Oro para que esta clase de ministerio se extienda por todo nuestro país para alcanzar a los millones de hombres y mujeres que sufren en secreto y en silencio.

Diane Naber: gracias por compartir tu entusiasmo y tu asombro por el proceso del parto. Mis hijos son casi adultos y ya había olvidado el maravilloso milagro que es dar a luz. Las personas que te tienen como su instructora son realmente bendecidas.

También quiero agradecer a Lee Ezell por pasar parte de su preciado tiempo conmigo y por compartir sus experiencias y sus

opiniones. Recomiendo enfáticamente su libro *Pieza perdida*. También quiero dar gracias a Lissa Halls Johnson por compartir la información que reunió para escribir su novela *No Other Choice* (Sin otra opción). Que Dios bendiga el trabajo de ambas.

Peggy, Leilani, Karen: nada de lo que pudiera decir alcanzaría para agradecer sus sabios consejos y sus oraciones. Sin ustedes, no podría haber terminado esta novela. Y a Rick Hahn: gracias por tus consejos y tu paciencia. ¿Cuántas veces te he llamado para pedirte aclaraciones sobre las Escrituras, o para decirte: «Dime, ¿dónde puedo encontrar esto?»? Sigues siendo un hombre conforme al corazón de Dios y una bendición para los miembros de nuestra iglesia.

A todo el equipo de Tyndale House: gracias por su aliento y su apoyo constante. Que todo lo que hagamos siga siendo nuestra ofrenda para el Señor.

CAPÍTULO I



ERA UNA FRÍA NOCHE de enero cuando sucedió lo impensable, lo imperdonable.

La noche había transcurrido con normalidad para Dina Carey mientras servía la comida en un asilo para ancianos creado para los empleados de la ciudad de Middleton. Disfrutaba su trabajo y, a menudo, conversaba animadamente con los ancianos que bajaban de sus pequeños departamentos para las comidas comunitarias en el comedor del sótano. Sally Wentworth era una cocinera estupenda y planificaba un menú variado. La única queja que Dina había escuchado en los cinco meses que llevaba trabajando allí se debía a la gran cantidad de comida sobrante. La mayoría de los que vivían en el asilo habían padecido los años de la Gran Depresión y odiaban que se desperdiciara la comida.

Los comensales habían vuelto a sus dormitorios, excepto el señor Packard, quien se estaba tomando su tiempo para saborear su taza de café descafeinado.

—¿Tu carro todavía está en el taller, Dina?

—Sí, señor. Todavía están esperando que les llegue una pieza.

—Pensé que ayer lo tendrían listo.

—Supongo que hubo algún tipo de demora —dijo ella encogiéndose de hombros. No estaba preocupada por ello.

—¿Ese noviecito tuyo vendrá a buscarte esta noche? —dijo él, observando cómo Dina llenaba los saleros.

Ella le sonrió mientras pasaba a la mesa siguiente.

—Esta noche no, señor Packard. Está dando un estudio bíblico.

—Tal vez Sally pueda llevarte a tu casa.

—La parada del autobús no queda lejos.

—Queda, por lo menos, a kilómetro y medio de aquí, y una chica bonita como tú no debería salir sola después de que anochece.

—Siempre tengo cuidado.

—En estos tiempos, no es suficiente tener cuidado. He leído tantas noticias, que odio leer el periódico. Recuerdo la época en que podías caminar de un extremo al otro de la ciudad sin preocupaciones. —Sacudió la cabeza con pesar—. Ahora, la ciudad ha crecido tanto que ya no conoces a nadie. La gente va y viene todo el tiempo. Nunca sabes quién vive en la puerta de al lado. Podría ser Caperucita Roja o un asesino en serie. Las viviendas se extienden por todos lados hasta perderse de vista, pero no hay ninguna planificación. Recuerdo que, cuando era niño, conocía a todo el mundo. No cerrábamos la puerta con llave. Nunca teníamos miedo. No era necesario. No sé adónde irá a parar el mundo en estos tiempos. Me alegro de estar llegando al final de mis días. En

mi niñez, solíamos sentarnos a charlar afuera, en el porche delantero. Los vecinos pasaban a saludar y a beber limonada. Esos sí que eran buenos tiempos. Ahora, nadie tiene tiempo para nada. Ya ni siquiera hacen las casas con porches en el frente. Todos están adentro, mirando la televisión, y nadie conversa de nada con nadie.

Dina se quedó cerca, reaccionando a la angustia causada por la soledad que percibía en sus palabras y su tono de voz. Él no se estaba quejando. Estaba dolido. Su esposa había fallecido cuatro meses atrás. Los familiares habían estado cerca de él solo para el funeral y, luego, habían vuelto a dispersarse por los Estados Unidos. Sus dos hijos vivían en la Costa Oeste, demasiado lejos para visitarlo con frecuencia. Su hija vivía en Indiana, pero lo llamaba todos los domingos. Los domingos eran días buenos para el señor Packard.

Hoy era miércoles.

—Extraño a mi Camarada —dijo él en voz baja. Sonrió con melancolía—. Solía decirle «Camarada» a Freda.

El señor Packard le contó a Dina cómo se le había ocurrido el apodo poco después de la Segunda Guerra Mundial. Él había peleado en el Pacífico durante dos años, antes de salir volando de un transportador. Fue a parar a un hospital de campaña donde pasó tres meses antes de que lo trasladaran en barco a los Estados Unidos.

—Mientras yo estaba lejos, nació nuestro hijo y Freda supo arreglárselas con un trabajo de medio tiempo. Cuando mi padre se enfermó de cáncer, ella renunció y ocupó su lugar para ayudar a mi madre en la tienda de comestibles. Mi Freda era un soldado en el frente interno. —Su expresión se enterneció con el recuerdo y sus ojos brillaban de emoción—. Por eso empecé a decirle «Camarada», y así quedó.

—¡Tenemos que cerrar, Dina! —dijo Sally desde atrás de la encimera. Lo dijo lo suficientemente alto para que el pobre

señor Packard la escuchara. Dina lo miró y sintió ganas de llorar.

Captando la indirecta, el anciano se puso de pie.

—Todos tienen prisa estos días —dijo mirando hacia la cocina. Luego, volvió a dirigirse a ella—. Buenas noches, Dina. Cuídate allá afuera esta noche.

—Lo haré, señor —dijo ella con una sonrisa cariñosa y le tocó el hombro mientras pasaba frente a ella—. Trate de no preocuparse.

Juan García empezó a voltear las sillas sobre las mesas. Dina recogió la cuchara, la taza y el platillo del señor Packard y se quedó mirando al anciano, que salió del salón caminando rígidamente. Su artritis lo estaba molestando otra vez.

—No fue mi intención interrumpir su pequeña conversación —dijo Sally mientras Dina ponía las cosas dentro del lavavajillas industrial y cerraba la tapa frontal—. Algunos de estos ancianos podrían hablar hasta que te salieran canas. —Tomó su pulóver del gancho que había en la pared—. No tienen adónde ir ni nada qué hacer.

—Extraña a su esposa —dijo Dina, pensando en hacerle caso a la sugerencia del señor Packard y pedirle a Sally que la llevara.

—Lo sé. Yo extraño a mi marido y a mis hijos. Tú extrañas a tu hermoso galán. —Dejó su bolso sobre la encimera y se puso el pulóver y la parka—. Bien, como siempre decía Scarlett O'Hara: «Mañana será otro día». —Tomó el bolso, se despidió rápidamente y se dirigió hacia la puerta trasera.

Sally parecía tan apurada que Dina no quiso ser una molestia para ella. Además, la parada del autobús no quedaba tan lejos y el camino estaba lleno de farolas. Después de sacar su mochila de la despensa, Dina se quitó los zapatos blancos con suelas de goma y se puso sus botas de nieve. Guardó el calzado dentro de la mochila, la aseguró con el cierre y se

despidió de Juan. Cruzó el comedor y salió al vestíbulo que daba al estacionamiento de la parte trasera. Sally ya había apagado las luces. Solo se veía el tenue resplandor de las luces de seguridad y la intensa luz detrás de Dina, donde Juan se estaba preparando para lavar y encerar el piso.

Ajustándose la parka, Dina fue hacia la puerta de atrás.

Nunca le había cruzado por la mente la idea de tener que preocuparse. El asilo no era precisamente un lugar con sucesos delictivos. Lo peor que había pasado fue cuando alguien pintó con aerosol las paredes tres meses atrás. Al día siguiente, el director mandó a cubrir el grafiti con pintura y la policía empezó a pasar más veces por ahí durante la noche. Los vándalos no habían vuelto.

Dina empujó la puerta para abrirla y salió. El aire estaba fresco; la nieve que había caído la semana pasada estaba compacta y sucia. Su aliento salió como vapor blanco en la quietud. Oyó el clic de la puerta cuando se cerró detrás de ella y se estremeció un poco. Subió el cierre de su abrigo hasta el cuello y miró a su alrededor. Tal vez lo que la inquietaba era la advertencia del señor Packard. No había ninguna otra cosa que la perturbara. Era una noche como cualquier otra; no estaba más oscura ni más fría.

Había sombras en todas partes, pero nada que le resultara raro ni amenazante, mientras caminaba por la rampa para las sillas de ruedas. Hizo el recorrido habitual para cruzar el estacionamiento y salir a la calle Maple. Eran unas pocas cuerdas hasta la avenida principal, otras ocho hasta Sycamore y unas pocas más hasta la Dieciséis, donde tomaba el autobús. Tardaba apenas quince minutos en llegar a su parada en la avenida Henderson. Desde ahí, eran siete cuerdas hasta la residencia estudiantil.

Dina echó un vistazo a su reloj de pulsera. Las nueve y treinta. Janet Wells, su compañera de cuarto, estaría en la

biblioteca estudiando hasta tarde. Janet siempre dejaba las cosas para el último momento y, luego, sacaba las mejores notas en todos los exámenes. Dina sonrió para sí misma, deseando tener la misma suerte. Ella tenía que estudiar todo el semestre para sacar notas lo suficientemente altas como para mantener su beca.

Relajándose mientras caminaba, Dina disfrutaba de la noche despejada. Siempre le había gustado esta calle, con sus casas centenarias. Podía imaginar a la gente sentada en los porches delanteros durante el verano, bebiendo limonada, tal como lo recordaba el señor Packard. Como en una escena salida de una película. Era una vida muy diferente a la de su infancia en la avenida Ocean, en San Francisco. Sin embargo, también era muy similar.

Pensando en el pasado, se dio cuenta de cómo la habían protegido sus padres, resguardada por una educación en el hogar. En muchos sentidos, su vida había sido idílica con pocos baches y curvas en su camino. Desde luego, hubo momentos en los que sintió curiosidad por saber qué había más allá de los límites que sus padres le habían puesto. Cuando hizo preguntas, recibió explicaciones y obedeció. Los amaba y los respetaba demasiado para contrariarlos.

Su mamá y su papá eran cristianos de toda la vida. No recordaba ningún momento en el que no hubieran estado involucrados en la iglesia o en algún proyecto de servicio a la comunidad. Su madre cantaba en el coro y dirigía los estudios bíblicos de los domingos en la mañana. Dina había crecido rodeada de amor, protegida y guiada en todo momento, hasta que llegó a las puertas de la Universidad Vida Nueva (la UVN). Y, ahora, parecía que su vida continuaría de la misma manera, con Edward Goodson Turner sosteniendo las riendas.

No estoy quejándome, Señor. Estoy agradecida, sumamente agradecida. Me has bendecido con los padres que tengo y con el

hombre con quien me voy a casar. Veo Tus bendiciones en todas partes. El mundo es un lugar hermoso, hasta las estrellas mismas en los cielos.

Señor, ¿podrías darle al pobre señor Packard un poco de la esperanza y el gozo que siento? Él te necesita. Y Sally, Señor. Siempre está preocupada por algo, y siempre está apurada. Hay tan poca alegría en su vida. Y, esta noche, Juan dijo que uno de sus hijos está enfermo, Padre. Pedro, el pequeñito. Juan no puede pagar la cobertura médica y...

Un carro pasó lentamente.

Dina vio la matrícula de Massachusetts antes de que el vehículo acelerara. Las luces rojas traseras eran como un par de ojos encendidos que la miraban fijamente mientras la camioneta avanzaba calle abajo y chirriaba al doblar en Sycamore. Frunciendo el ceño ligeramente, Dina la vio desaparecer.

Qué raro.

Sus pensamientos volvieron a divagar mientras caminaba más despacio frente a su casa favorita. Estaba a dos puertas de Sycamore, y era una gran casa victoriana con un porche que rodeaba el frente. Las luces estaban encendidas detrás de las cortinas de encaje. La puerta delantera era de caoba gruesa y tenía paneles emplomados con vitrales en la parte superior. El diseño simulaba un rayo de sol en colores dorados y amarillos.

Sería lindo vivir en una calle sombreada como esta, en una casa grande, con el césped cortado, un jardín en el frente lleno de flores, y un patio trasero con una hamaca y una caja de arena para los niños. Sonrió ante sus propios sueños. Probablemente, a Edward le ofrecerían una iglesia en una ciudad grande como Los Ángeles, Chicago o Nueva York. Un hombre con sus talentos para predicar no terminaría en un pueblito universitario en el Medio Oeste.

No podía creer que un joven como Edward la hubiera

mirado dos veces; mucho menos, que se enamorara de ella y le propusiera matrimonio. Dijo que el día que la conoció, supo que Dios quería que fuera su esposa.

Si sus padres no hubieran insistido para que visitara la UVN, nunca lo habría conocido. Ya se había decidido por una universidad en California. Cuando le mencionaron la UVN, la rechazó, convencida de que el costo y la distancia bastarían para descartarla. Ellos le aseguraron que habían planificado para la primera opción y que la segunda sería buena para ella. Querían que se hiciera más independiente, y el hecho de asistir a una universidad en Illinois era una buena manera de lograrlo. Además, sus notas eran lo suficientemente buenas como para poder conseguir una beca.

Ahora, Dina sonreía al pensar en eso. Sus padres nunca habían disimulado lo que querían para ella. Su madre había dejado folletos de una docena de universidades cristianas por toda la casa para despertar su curiosidad. Cada una desplegaba una vista panorámica de un lugar hermoso e idílico, con tramos de césped bordeados de cuidados jardines de flores. La UVN tenía un campus con seis edificios majestuosos de ladrillos y columnas blancas, dos al este, dos al oeste, uno al norte y una iglesia hacia el sur. Pero lo que más le atraía a Dina eran los maravillosos y sonrientes rostros de los estudiantes.

Nunca hubo duda alguna de que ella iría a una universidad cristiana. ¿Qué lugar sería mejor para aprender a servir al Señor que un entorno centrado en Cristo? Sin embargo, el Medio Oeste le parecía tan lejos de casa que lo había descartado.

Mientras terminaba el último año para graduarse de la preparatoria, envió una docena de solicitudes y recibió la misma cantidad de cartas de aceptación. Dejando de lado todas las que quedaban fuera del estado, las redujo a cuatro posibilidades. Su padre propuso que ella y su madre hicieran un viaje al sur de California y conocieran los tres campus ahí.

Luego de visitar uno en San José, se puso en contacto con los otros y pidió entrevistas con los decanos de admisiones para hablar sobre los programas y las becas.

Durante su ausencia, su padre se puso en contacto con cuatro universidades «suficientemente buenas» para su hija. Una quedaba en Pensilvania, otra en Indiana y dos en Illinois. Una envió un video. De dos, recibió llamadas de alumnos que hablaron con ella sobre sus campus, actividades y planes de estudio. La última fue la UVN. Ellos enviaron un catálogo y una invitación para que fuera y viera personalmente lo que ofrecían.

Consideraba que era absurdo y un gasto tremendo del dinero de sus padres, pero su padre insistió en que fuera.

—Tienes que aprender a volar en algún momento.

Era la primera vez que iba a algún lugar sin sus padres o un grupo de la iglesia. Todos los arreglos los había hecho la universidad, de manera que contaba con una red protectora y sabía que no estaría sola durante mucho tiempo. Un alumno iría a buscarla al aeropuerto y la llevaría al campus, donde pasaría dos días con un guía personal.

Dina sonrió al recordar su reacción cuando vio a Edward sosteniendo un letrero con su nombre. Pensó que era el joven más atractivo que había visto en su vida. Su madre le había dicho que, probablemente, la universidad mandaría a un joven apuesto a recogerla y llevarla a la universidad. Pero no había esperado que pareciera un actor de cine. Estaba completamente nerviosa y sin habla, pero, para cuando estaban a medio camino de regreso al campus, la había hecho sentirse tan cómoda que ella había compartido con él todo sobre su vida en la avenida Ocean. Cuando finalizó el viaje, sabía que Edward no solo era guapo, sino que, además, era bueno. Era un apasionado por el Señor, ambicionaba servir en santidad y estaba lleno de ideas sobre el ministerio.

—Mi padre es pastor y también lo fue su padre antes que él —le contó—. Mi bisabuelo fue misionero y predicador del evangelio. Yo estoy siguiendo sus pasos.

Cuando pasó debajo del arco de ladrillos del campus de la UVN, Dina estaba convencida de que Edward Goodson Turner sería el próximo Billy Graham.

Al llegar a la residencia estudiantil para mujeres, Edward le presentó a Charlotte Hale, una estudiante de música proveniente de Alabama. Charlotte era una joven activa y tenía todo el encanto y la amabilidad sureña. Como estudiante de último año que se graduaría en junio, ya tenía planes para ir a México con un grupo misionero y presentar el evangelio mediante la música y el arte dramático.

Durante los dos días siguientes dedicó cada minuto a visitar el campus, especialmente los departamentos que más le interesaban: Música y Educación. Se enteró de diversos programas, becas y actividades, y conoció a muchísimas personas. Charlotte parecía conocer a todos y le presentó a Dina a todo el mundo. Conoció a los profesores y a los estudiantes, a los decanos, a la bibliotecaria e, incluso, a dos de los jardineros que cuidaban las áreas verdes. Dina disfrutó cada minuto de su estadía.

El sábado por la noche, para su sorpresa y deleite, Edward las acompañó durante la cena en el comedor. Dina se sonrojó cuando lo vio sentarse con ellas. Edward se quedó hasta que una chica se acercó y le preguntó si iría al estudio bíblico vespertino.

—La mitad de las chicas del campus desearían casarse con él —le comentó Charlotte, mientras lo observaba alejarse caminando.

—No me sorprende —dijo Dina, recordando cuánta vergüenza sintió al darse cuenta de que soñaba despierta con eso mismo durante el viaje con él desde el aeropuerto.

En ese momento, Charlotte la observó, miró al frente y sonrió.

—Deberías volver. El año próximo, él estará cursando su último año.

—¿Insinúas que me sume a su legión de admiradoras? —dijo Dina sin disimulo.

Charlotte se rio. Luego de eso, no dijo nada más sobre Edward, pero quedó claro que había hecho todo lo posible por plantar la idea para que ella lo pensara.

No habían pasado ni quince minutos desde que llegaron a la residencia cuando Edward llamó por teléfono. Le dijo a Dina que iría a recogerla y la llevaría de regreso al aeropuerto. Ella le agradeció y dijo que estaría lista. A la mañana siguiente, Dina había decidido que no regresaría a la UVN a causa de Edward. Si estaba tan obsesionada luego de un par de días, sabía que se enamoraría perdidamente si lo veía todos los días del año. Y el campus de la UVN no era tan grande como para no toparse con él. No, ella no quería convertirse en una de la legión ni abrigar falsas esperanzas de llegar a ser la que él eligiera.

Ahora, pensando en ello, sonreía mientras acariciaba con la yema de su pulgar el anillo de compromiso que tenía en el dedo. Se había puesto muy nerviosa durante el viaje al aeropuerto O'Hare. Le dijo a Edward que podía dejarla frente a la terminal de Delta, pero él insistió en que la acompañaría adentro. Estacionó el auto, tomó su maleta de mano y se quedó con ella. Cuando entraron al aeropuerto, se paró junto a ella en la fila mientras le entregaban su tarjeta de embarque. Ella sentía tanta vergüenza que quería esconderse en un hoyo.

—Sé que no soy una mujer de mundo, Edward, pero no necesito que me cuides como si fueras mi niñera —le dijo, tratando de tomar en broma su preocupación.

—Lo sé —dijo él tranquilamente.

—Tampoco necesito un guardaespaldas.

La miró, y ella se sintió como una tonta y como una niña, demasiado joven para él. Había tal intensidad en la mirada de Edward, que se sonrojó.

—Regresa a la UVN, Dina.

Sonó como una orden. Ella sonrió.

—¿Tienes que cumplir con una cuota?

—Dios te quiere aquí.

Sonaba tan serio, tan seguro, que ella tuvo que preguntarle:

—¿Cómo lo sabes? —Seguramente, si Dios la quería en la UVN, Él se lo diría.

—Simplemente lo sé, Dina. Lo supe desde el momento en que te vi.

Mirando sus ojos azules, decidió no desestimar lo que él había dicho. A decir verdad, quería creerle. Quería volver a ver a Edward Turner, y la idea de que él quisiera lo mismo era un incentivo realmente estimulante.

—¿Quieres orar al respecto?

Ella asintió, sabiendo que apenas haría otra cosa.

No tuvo noticias de Edward durante la primavera ni durante el verano; pero, en el otoño, y cinco minutos después de entrar en el gimnasio para inscribirse en la universidad, él apareció y le puso una mano en el hombro, como anunciando públicamente que le pertenecía. Lo primero que hizo él fue presentarle a Joseph Guilierno, su mejor amigo y compañero de cuarto.

Joe la sorprendió. No parecía encajar en el molde de la UVN; más bien, era como los muchachos que ella veía en San Francisco o cuando salía de excursión con sus padres. Alto, de ojos castaños y fornido, Joe parecía un tipo duro y mayor que Edward. No tanto por la edad, sino por su experiencia de mundo.

—Ahora entiendo —dijo Joe enigmáticamente y le dio la mano. Sus dedos rodearon con firmeza los de Dina mientras

le sonreía. Tres meses después, cuando Dina ya tenía puesto su anillo de compromiso, Joe le contó que Edward volvió a su apartamento el día que fue a recogerla al aeropuerto y le dijo que había conocido a la chica con la que se casaría.

—Le pregunté si lo había consultado con Dios, y Edward dijo que había sido Dios quien puso la idea en su cabeza.

Ahora, con una sonrisa en los labios, como cuando Joe se lo contó por primera vez, Dina llegó a la esquina de la Dieciséis. Dejó que sus pensamientos fueran a la deriva por las avenidas rosadas. Edward había ideado un futuro maravilloso para ambos. Al final del año, se graduaría con honores. El decano Abernathy estaba muy impresionado con su trabajo y lo estimulaba para que avanzara a la maestría. El decano ya había dispuesto todo para que Edward trabajara a tiempo parcial en una de las iglesias locales. Dina también podría completar sus estudios. Edward insistió en que ella obtuviera su título, convencido de que sus estudios de música y el ministerio juvenil serían muy útiles para el ministerio de él.

Se sentía tan bendecida. Estarían bajo el mismo yugo y trabajarían juntos para la gloria de Dios. ¿Qué más podría desear?

Oh, Señor, eres tan bueno conmigo. Haré cualquier cosa por Ti. Todo lo que soy, todo lo que espero ser en la vida viene de Ti, Padre. Úsame según Tu voluntad.

Un carro se acercó a ella y bajó la velocidad a su ritmo. El corazón le dio un vuelco cuando se dio cuenta de que era igual al que la había pasado en la calle Maple. Sus nervios se tensaron cuando la ventanilla bajó y una voz masculina incorpórea dijo:

—¿Va hacia el campus, señorita?

—Sí, así es —dijo ella sin pensarlo dos veces.

—Puedo llevarla hasta allá.

—No, gracias.

—Yo voy para allá. Voy a visitar a mi hermano. Lamentablemente, estoy perdido. Mi primera vez en esta ciudad. Él vive cerca de la entrada principal del campus.

Ella se relajó y se acercó un poco. Se agachó y señaló:

—Continúe un kilómetro y medio hasta Henderson y gire a la derecha. Siga adelante y la verá. Está pasando una cuadra del parque municipal. —No pudo ver el rostro del hombre.

—Si la llevo, usted podría mostrarme el camino.

Un raro presentimiento se adueñó de ella.

—No, gracias —dijo con amabilidad y dio un paso atrás. No quería ofender al hombre. ¿Qué excusa podía darle? Miró hacia la parada del autobús, donde había una mujer sentada, y halló su excusa—. Voy a encontrarme con una amiga.

—Claro. Gracias por las indicaciones —dijo el hombre con una voz mucho menos amistosa. La ventanilla zumbó al subir. Mientras el carro se alejaba por la Dieciséis, vio que tenía la misma matrícula de Massachusetts. Las dos luces rojas traseras la miraron fijamente cuando pasó de largo frente a la parada del autobús.

Estremeciéndose, siguió caminando. Reconoció a la mesera sentada en el banco.

—Hola, Marta. ¿Cómo estás hoy?

—Más o menos. Mis pies me están matando. ¿Era alguien tratando de levantarte allá atrás?

—No creo. Estaba perdido.

—Sí, claro. Eso es lo que te dijo.

—Estaba buscando el campus.

—Espero que le hayas dicho dónde ir.

—Le di las indicaciones.

Marta se rio.

—Seguro que no le diste las mismas que le hubiera dado yo.

Charlaron sobre sus trabajos hasta que llegó el autobús. Marta subió primero y siguió hasta su asiento habitual cerca del fondo, donde podía leer su novela romántica sin interrupciones. Dina ocupó un asiento en la parte delantera, cerca del conductor.

El primer día que subió a bordo, notó los prendedores en la solapa de la pulcra chaqueta del uniforme de Charles. Cuando le preguntó qué eran, él dijo que tenía uno por cada período de cinco años que había conducido sin accidentes. Después de algunas semanas de viajar con él, Dina fue a una tienda de trofeos y encargó una placa que decía: «En honor al distinguido servicio a Middleton, Charles Booker Washington es condecorado con el título de Conductor Emérito». Cuando la abrió, él se rio, pero ahora la exhibía con orgullo junto al letrero de «No fumar» en la parte delantera del autobús.

—¿Cómo andan las cosas, Charlie?

Él le sonrió de oreja a oreja presionando el botón para cerrar la puerta.

—Bastante bien, ahora que subiste. Anoche extrañé tu alegre sonrisa.

—Edward vino a recogerme.

—¿Ya maneja un Cadillac?

Ella se rio.

—No, señor. Todavía tiene el Buick. —Se inclinó hacia adelante en su asiento y apoyó los brazos en la barandilla de hierro.

—Cuando le den una iglesia —dijo Charlie, asintiendo—, tendrá su Cad. Nosotros no permitimos que los predicadores conduzcan ninguna otra cosa. Los tratamos bien.

—Lo noté. —Cuando había asistido a la iglesia de Charlie, había visto el nuevo Cadillac bermellón estacionado en el espacio «Reservado para el pastor». Disfrutó tanto de

la reunión, que le suplicó a Edward que fuera con ella. Él lo hizo una vez, a regañadientes, pero se negó a acompañarla nuevamente. Dijo que el servicio era un tanto “demasiado alegre” para su gusto. No se había sentido cómodo con el volumen alto de la música góspel que fluía a raudales desde el coro ni con la forma en que los miembros de la congregación interrumpían con sus comentarios durante el sermón del pastor.

—Me pareció irreverente.

Ella no se había sentido incómoda como él, aunque el servicio distara mucho de la clase de reuniones a las cuales estaba acostumbrada. Sintió que el Espíritu Santo se movía en esa iglesia. Los miembros celebraban su amor por Jesús y de los unos por los otros. Había disfrutado la experiencia. Había algo que la conmovía en su interior. El pastor predicaba directamente de la Palabra y las personas se aseguraban de transmitirle que comprendían sus conceptos. Sin embargo, Dina no cuestionó la evaluación de Edward. Había entendido que él tomaba en serio su rol como cabeza espiritual de la relación. También sabía que se había formado en una denominación conservadora que demostraba su fervor de otras maneras. Sus padres, como la madre y el padre de ella, estaban profundamente involucrados en la acción comunitaria y en obras de caridad.

Ella y Charlie platicaron de todo tipo de cosas. Él conducía el autobús de Middleton desde el mismo año en que ella había nacido y había aprendido mucho sobre la naturaleza humana. No le molestaba compartir lo que sabía.

Esa noche, Dina estaba pensando en el señor Packard.

—Conozco a los Packard —dijo Charlie—. Él y su esposa tomaban el autobús todos los martes e iban hasta el final del recorrido. Buena gente. Me enteré de que ella falleció. Qué pena. Era una señora amigable.

—Tal vez, podría decirle que extrañas verlo.

—Sí, hazlo, niña. Un día de estos quizás vaya y lo visite personalmente. Entre los dos, podríamos sacarlo de su departamento y llevarlo a dar una vuelta por el mundo de los vivos.

—Acercó el autobús al bordillo de la acera y desaceleró hasta llegar a una parada en la esquina de Henderson.

—Gracias, Charlie.

—Cuidate, niña.

—Lo haré.

—Dile al señor Packard que le tengo el asiento delantero reservado —dijo él y apretó el botón. Las puertas se cerraron con un silbido y le dijo adiós con la mano a través del vidrio.

Dina le devolvió el gesto de despedida con la mano, mientras el autobús se alejaba del bordillo de la acera. Ajustó la tira de su mochila y comenzó a caminar hacia el campus.

La avenida Henderson era una calle larga y bonita, con arcos añosos y pulcras casas de ladrillos cuyos jardines estaban cubiertos por la nieve. En el parque municipal, ubicado a una cuadra al sur del campus, había un pequeño centro comunitario que usaban los alumnos para hacer sus prácticas como líderes y maestros de niños. En dos años, ella trabajaría allí. El centro albergaba diariamente un programa preescolar por la mañana y actividades juveniles durante la tarde, todos los días excepto los domingos, cuando todo en la ciudad permanecía cerrado para los servicios de adoración. Solo unos pocos negocios, en su mayoría cadenas nacionales, permanecían abiertos.

Mientras Dina se acercaba al parque, se detuvo, frunciendo el ceño. El carro con la matrícula de Massachusetts estaba allí, al otro lado de la calle, estacionado más allá de una entrada de carros empedrada, debajo de unas ramas desnudas por el invierno. Miró detenidamente al vehículo, ansiosa, y entonces notó con alivio que nadie estaba en el asiento del conductor.

A fin de cuentas, el hombre debía haber encontrado a su hermano. Dijo que vivía no muy lejos del campus.

Una ramita chasqueó a su derecha y se sobresaltó. Se dio vuelta y vio una presencia alta y oscura avanzando hacia ella. Un hombre.

Todos sus instintos le gritaron que corriera, pero la sorpresa la hizo titubear y, a los pocos segundos, supo que había cometido un terrible error. Un par de segundos. Fue todo lo que necesitó el hombre para dominarla.



Purdy Whitehall recibió la llamada en el Departamento de Policía de Middleton a las 10:37 de la noche del miércoles 8 de enero. Había sido una noche tranquila con solo una queja por una fiesta que estaba alterando la paz. Pocos minutos antes, el sargento Don Ferguson había informado que no era más que un grupito de personas mayores y nostálgicas que cantaban canciones de Elvis.

Esta llamada fue completamente diferente.

—Alguien está gritando en el parque —dijo una mujer—. ¡Vengan rápido, por favor! ¡Alguien está gritando!

El número telefónico de la persona que llamaba apareció en la pantalla de la computadora de Purdy, junto con la dirección. La avenida Henderson. Hablando con una calma entrenada, aseguró que enviaría ayuda y la puso en espera para enviar un vehículo policial.

Frank Lawson acababa de detenerse en la Dieciséis, frente a la cafetería de Ernie para beber un café que necesitaba urgentemente, cuando el mensaje chasqueó en su radio. Mascullando en voz baja, le dio un golpe brusco a la radio y levantó el altavoz. Oprimió el botón y se identificó dando su nombre y su número de unidad.

—Mi radio está fallando otra vez, Purdy. Repite el mensaje.

—Hay un disturbio en el parque de la avenida Henderson, Frank. ¿Qué tan cerca estás de allí?

—A diez cuadras. Voy en camino. —Devolvió el altavoz a su lugar, hizo girar bruscamente el vehículo en U y encendió con un golpe las luces rojas. A estas horas de la noche, había pocos carros en la calle, así que no tuvo que usar la sirena. No tenía sentido despertar a las personas si no era necesario.

Mientras avanzaba a toda velocidad por la Dieciséis, vio una camioneta blanca que se dirigía al oeste. Las luces rojas traseras destellaron cuando el carro se hizo a un costado del camino, obediente a la ley, pero Frank no pasó a su lado pues giró bruscamente a la izquierda en la avenida Henderson.

Luego de detenerse en el parque, agarró su pesada linterna, llamó rápidamente a Purdy y salió. Mientras rodeaba el patrullero, inspeccionó el parque. Su corazón se aceleró y se le erizó el vello de la nuca.

Algo estaba mal. Estaba seguro de ello.

Con la adrenalina bombeando en su cuerpo, Frank echó un vistazo alrededor y vio luces en tres casas cercanas al parque. Una mujer salió al porche delantero de una de ellas.

—¡Por ahí! —Bajó la escalinata delantera vestida con una bata de baño—. ¡Por ahí, cerca del centro de actividades! Por favor, apúrese. Hay alguien herido.

—Vuelva adentro, señora. Nosotros nos ocuparemos de esto. —Otro patrullero estacionó y Frank vio salir a Greg Townsend.

La mujer corrió escaleras arriba y cerró de golpe la puerta al entrar, pero su silueta permaneció en la entrada, observando, abrazándose con sus propios brazos para protegerse del frío.

—¿Ves algo? —dijo Greg, alcanzando a Frank.

—No, pero tengo un mal presentimiento. Toma ese sendero de ahí, y yo entraré desde este lado.

—Entendido.

Frank conocía cada centímetro de este parque como la palma de su mano. Traía aquí a sus tres hijos todos los sábados en la tarde para que su esposa pudiera descansar unas horas.

Había suficiente luz de las lámparas del parque, de modo que no necesitaba usar la linterna, pero, de todas maneras, seguía sosteniéndola en su mano izquierda, y mantenía la derecha sobre el arma. Vio indicios de una lucha sobre la nieve cerca del sendero que iba desde Henderson hacia el campus de la UVN. Un poco más adelante, encontró una mochila. Enseguida vio una parka desgarrada. Caminó con cautela a lo largo del sendero, recorriéndolo con los ojos y con los oídos abiertos y entrenados para captar cualquier sonido fuera de lo habitual.

Mientras se acercaba al centro de actividades, escuchó un crujido en los arbustos cercanos. Algo se desplazaba gateando frenéticamente, como un animal arrastrándose en busca de un escondite.

Instintivamente, quitó la presilla de su arma y la desenfundó.

—¡Policía! Salga al sendero donde pueda verlo. —Avanzó un poco, apartándose de la luz para no ser un blanco fácil.

El crujido cesó y él escuchó otro sonido, bajo y quebrantado. El llanto de una mujer.

Oh, Dios. Oh, Dios, no. Aquí no. No en el lugar donde traigo a mis hijos todas las semanas.

Frank enfundó su arma, se metió entre los arbustos y apartó algunas ramas. Al apuntar con su linterna, vio a una muchacha acurrucada debajo de un manto de hojas. La chica se encogió de miedo y se cubrió el rostro con el brazo. Su cabello rubio estaba enmarañado y mojado por la nieve.

Frank observó el uniforme de mesera desgarrado, los rasguños despiadados en su hombro y las manchas de sangre que había en su falda.

Se enfureció.

—Tranquila —dijo con delicadeza. Bajó la luz para no iluminarla de lleno y se agachó. Ella se encogió ante él—. Soy el sargento Lawson, señorita. Estoy aquí para ayudarla. —Siguió hablando con un tono tranquilo, tratando de hacerla sentir a salvo.

Al cabo de unos minutos, levantó la cabeza y dejó ver sus ojos azules abiertos y dilatados. Tenía el labio inferior partido y sangrante, su ojo derecho estaba hinchado por un golpe. Levantó las rodillas y se sentó en la nieve sucia. Luego, cubriéndose la cabeza con los brazos, lloró.

Frank se llenó de compasión y, también, de una violenta indignación. Quienquiera que hubiera hecho esto debería pagar.

Greg se acercó desde el otro lado del parque; sus pisadas crujían sobre la nieve dura. La cabeza de la joven volvió a levantarse con unos ojos muy abiertos y temerosos. Pudo ver el pulso palpitante en su garganta.

—Todo está bien —dijo, sensible al miedo de la joven. Se incorporó y se paró a un costado para que ella pudiera ver a Greg—. Él es el oficial Townsend, señorita. Estaba revisando el área para ver si todavía había alguien en los alrededores. —Miró a Greg.

Greg negó con la cabeza y miró a la muchacha acurrucada bajo los arbustos que la cubrían.

—¿Una violación?

—Me temo que sí. Mejor llama a una ambulancia.

—No —dijo la muchacha con voz entrecortada y volvió a taparse el rostro—. Por favor, no lo haga. —Sus hombros empezaron a sacudirse violentamente.

—Necesita ayuda médica.

—Quiero ir a casa.

—Va a estar bien —dijo él con firmeza, se agachó otra vez frente a ella y dijo con una voz calmada y baja—: No la dejaré sola. —Levantó la vista hacia Greg—. Diles que no enciendan la sirena, y las luces solo cuando las necesiten.

—A la orden —dijo Greg firmemente, y rápidamente avanzó hacia el sector oeste del parque, donde habían dejado los vehículos policiales.

—Puede salir, señorita. Está a salvo.

Ella se movió, acercándose un poco y, entonces, se detuvo. Se desplomó y empezó a llorar de nuevo con el cuerpo doblado y los brazos apoyados sobre su abdomen. Se mecía lentamente con la cabeza agachada.

La garganta de Frank se hizo un nudo. La joven no parecía tener más de dieciocho años.

—¿Fue alguien que conoce? —Deseaba no tener que hacer preguntas, pero cada minuto era importante para poder arrestar a quien la hubiera atacado.

Ella negó lentamente con la cabeza.

—¿Qué aspecto tenía?

—No sé —tartamudeó ella—. Nunca le vi el rostro. —Trató de ponerse de pie y jadeó por el dolor. Frank estiró el brazo hacia ella, pero la muchacha retrocedió bruscamente, sin querer que la tocara. Se desplomó nuevamente, sollozando.

—¿Cómo se llama, señorita?

—¿Tengo que decírselo?

—Quiero ayudarla. Tengo que saber su nombre para hacerlo.

—Dina Carey. Vivo en la residencia estudiantil. Mi compañera de cuarto está esperándome. Se llama Janet, Janet Wells. Queda solo a dos cuadras de aquí. ¿Puedo irme ya? ¿Por favor?

—Todavía no. Primero tiene que ir al hospital, señorita Carey. Solo quédese aquí. Nosotros le conseguiremos ayuda. —Deseó que el equipo de la ambulancia incluyera a una mujer.

No había ninguna. Llegaron dos hombres con una camilla. El hombre mayor habló con la muchacha y la convenció para que saliera de su escondite. Frank se quedó cerca observando cómo los paramédicos ayudaban a la temblorosa muchacha mientras se acostaba en la camilla. La envolvieron con mantas calientes, ajustaron los cinturones alrededor de ella y la llevaron por el sendero del parque hasta la avenida Henderson. La muchacha no dijo nada y mantuvo los ojos firmemente cerrados.

Frank apretó la boca cuando vio el destello de las luces de la ambulancia. La mujer que llamó para reportar el disturbio había vuelto a salir al porche de su casa. Ahora también había otras personas a lo largo de la calle. Las luces iluminaban las ventanas de media docena de casas; los rostros miraban a través de las cortinas. Algunos, más atrevidos en su curiosidad, habían salido al jardín delantero para ver lo que estaba sucediendo. Habría deseado poder evitarle a la muchacha más humillaciones.

Rápidamente, la subieron a la ambulancia. Uno de los hombres entró con ella y cerró las puertas detrás de él. El otro ocupó el asiento del conductor. Se alejaron de la acera y emprendieron su camino hacia el hospital antes de que Frank llegara al coche patrulla.

Greg estaba esperándolo.

—Hemos patrullado el otro lado del parque, pero no vimos a nadie. No hay coches estacionados en esta calle ni del otro lado. ¿Te dio alguna descripción?

—Dijo que nunca le vio la cara. Hablaré con ella tan pronto como el doctor la examine.



Dina no podía dejar de temblar. Le preguntó a la enfermera si podía ducharse, pero la mujer dijo que tendría que esperar hasta después que el médico la viera. La enfermera la ayudó a desvestirse y a ponerse una bata blanca de hospital. Estremeciéndose, Dina vio que la enfermera metía su uniforme de mesera desgarrado y manchado, su ropa interior y las medias de nylon hechas jirones en una bolsa de plástico grande. Sus enlodadas botas de nieve fueron puestas en otra. Ambas bolsas fueron entregadas a alguien que esperaba al otro lado de la puerta.

Los dientes de Dina castañeteaban, pero su frío no tenía que ver con la temperatura del cuarto, que se mantenía a unos agradables veinte grados. El frío terrible que la sacudía venía de su interior. Ni siquiera la manta con la que la enfermera la había envuelto lograba protegerla de los escalofríos.

—Le traeré otra manta, señorita Carey —dijo la enfermera y salió.

Dina casi protestó, temerosa de quedarse sola. Apretando la manta, se sentó al borde de la camilla, preguntándose qué se pondría para volver a casa. El silencio acrecentaba su ansiedad. Necesitaba desesperadamente bañarse. Ansiaba pararse debajo de un chorro hirviendo para poder enjabonarse, frotar cada centímetro de su cuerpo y quitarse de encima lo que había pasado.

¿Se limpiaría alguna vez de lo sucedido? ¿Podría borrar el horror de su mente y de su corazón? Apretó muy fuerte los párpados, deseosa de alejar las imágenes que había en su cabeza. Ahora estaba a salvo. ¿O no? Abrió los ojos rápidamente. Antes también creía que estaba a salvo, pero eso había sido una ilusión que le habían arrancado. Sentada en la camilla con la bata corta y la espalda descubierta, se sintió desnuda y tan vulnerable como había estado en el parque. Enferma

de miedo, miró de un lado al otro del cubículo, buscando alguna vía de escape. Quería irse a casa. A la casa de sus padres. A su hogar, en la avenida Ocean. Pero ¿qué dirían sus padres? Tal vez se sentiría más segura encerrada bajo llave en su propia habitación.

Alguien llamó a la puerta y se sobresaltó. Entraron un médico y la enfermera que le había ayudado a desvestirse.

—Soy el doctor Kennon, señorita Carey. ¿Cómo se siente?

—Bien —dijo ella sin pensar. ¿Acaso no era esa la respuesta que siempre daba en un consultorio médico? Hizo un gesto de dolor, se le llenaron los ojos de lágrimas y él se estremeció. Cuando Dina volvió a hablar, apenas pudo reconocer su propia voz—. ¿Podría tomar una ducha, por favor? Quiero bañarme.

—En un momento. —Metió la mano en su bolsillo y sacó una pequeña grabadora. Apretó un botón y lo dejó en la encimera a su derecha—. Ahora, veamos primero el ojo. —Mientras examinaba delicadamente la piel amoratada y apuntaba una lucecita hacia su ojo, le dijo que estaba grabando el examen para ayudar a la policía a atrapar a su agresor. Le preguntó si sentía algún mareo. Un poco, dijo ella. Tenía náuseas.

—Acuéstese, por favor.

La enfermera la ayudó, hablándole en voz baja y alentándola a que siguiera las instrucciones del doctor. Dina tembló más violentamente cuando él revisó los rasguños y le hizo más preguntas. Con sus respuestas, revivió la pesadilla del parque, viéndola desde cada ángulo. Algunas de las preguntas del médico la hicieron sonrojar de vergüenza y se puso pálida: ¿Usaba algún método anticonceptivo? ¿Cuál fue la fecha de su última menstruación? Quería detalles de lo que le había sucedido, detalles que no quería recordar en absoluto; mucho menos, decir en voz alta.

—No quiero hablar de eso.

—Todo lo que está diciéndonos será de ayuda para la policía.

¿Y quién la ayudaría a *ella*?

Dios, ¿dónde estabas?

Cuando el doctor le dijo que moviera su trasero al borde de la camilla y que apoyara sus pies en los estribos, no entendió. Percibiendo su angustia, la enfermera trató de explicárselo con la mayor delicadeza posible.

—El doctor necesita cerciorarse de que no está herida internamente, señorita Carey. Y así podrá recolectar una muestra. Como evidencia.

—¿Evidencia? —dijo ella.

El doctor se lo explicó y Dina se llenó de repugnancia.

Ay, Dios. Ay, Dios. ¿Por qué tengo que pasar por esto? ¿Acaso no sufrí lo suficiente ya?

—Voy a vomitar. —Se sentó súbitamente. La enfermera le entregó una palangana pequeña y le acarició la espalda, murmurando palabras compasivas. El doctor salió para darle unos minutos para recuperarse. Después de un rato, la enfermera la calmó lo suficiente como para continuar y el doctor volvió.

—Pronto terminará, señorita. —Los ojos de la enfermera estaban llenos de compasión—. Tome mi mano; apriétela, si quiere.

Dina la apretó fuertemente, con todo el cuerpo tenso.

—Respire, señorita Carey. Eso es todo. Intente relajarse.

El doctor explicó todo lo que estaba haciéndole y por qué motivo, pero eso no la ayudó. La revisión física fue intensa, invasiva y dolorosa. Cuando terminó, le pidió disculpas e instruyó a la enfermera para que le cortara las uñas. Más evidencia. Guardó los recortes de las uñas en otra bolsita plástica y escribió una etiqueta para el laboratorio policial.

La enfermera tomó fotografías de las abrasiones que tenía en el hombro y en la cadera derecha, de los moretones en sus muslos y su garganta, y de su rostro golpeado.

Con el espíritu abatido, Dina se quedó callada.

El doctor Kennon la miró con tristeza y volvió a decir que lo lamentaba.

—Ya puede sentarse —dijo la enfermera dulcemente.

—Haré que los de admisiones empiecen con el papeleo —dijo el doctor Kennon dirigiéndose hacia la puerta.

—¡No! —dijo Dina, con el corazón acelerado—. ¡Quiero irme a la residencia!

—Entiendo cómo se siente, pero...

—¡No, no entiende! ¿Cómo podría entenderlo? —A pesar de todas las veces que había afirmado que estaría bien, ella se había sentido degradada y reducida a una voz grabada que le entregaría al policía que esperaba al otro lado de la puerta—. ¡Usted no entiende! —Se cubrió el rostro y rompió en llanto.

—Me gustaría que se quedara aquí esta noche, bajo observación.

—No. —Fue lo único que pudo pronunciar con una voz ahogada.

—Empezaríamos inmediatamente a administrarle el estrógeno.

Dina levantó la cabeza.

—¿Estrógeno? ¿Por qué?

—En caso de que se haya producido la concepción.

Dina sintió que su cuerpo se congelaba. Lo miró horrorizada y, de pronto, comprendió todo.

—¿Es posible que... que esté embarazada?

—Las posibilidades son mínimas, pero es mejor tomar precauciones.

Si había concebido, ya era demasiado tarde.

—El estrógeno podría producir algunos efectos

secundarios. Es por eso que me gustaría que se quedara aquí por una noche; posiblemente, dos.

Dina se sentó al borde de la camilla y apretó fuertemente los ojos. Había ido a varias manifestaciones provida con Edward. Sabía que estaba hablando de un abortivo.

—No. —Negó con la cabeza—. Quiero irme a la residencia. Por favor.

El doctor Kennon miró de reojo a la enfermera, quien se acercó a él. Hablaron en voz baja por un momento; luego, el doctor salió de la sala. La enfermera volvió a ponerle la manta alrededor de los hombros. Dina la apretó con fuerza.

—Lamento que haya tenido que pasar por esto, señorita Carey. El doctor Kennon solo estaba tratando de facilitarle las cosas. —Le ofreció un vaso con agua fría—. Sé lo difícil que es esto. Si prefiere no tomar el medicamento ahora mismo, está bien. Puede hacerlo mañana.

Dina negó con la cabeza.

—Esta noche ha tenido suficiente. Puede esperar unas semanas. Si deja de tener el período, vuelva y hágase una prueba de embarazo. Si da positivo, puede hacerse una extracción menstrual.

Dina no quería pensar en lo que estaba diciendo la enfermera. Haber sido violada ya era suficientemente horrible, sin considerar la posibilidad de que hubiera quedado embarazada.

Ay Dios, Tú no serías tan cruel conmigo. ¿Verdad, Señor?

—Ahora puede ducharse, si quiere.

Al otro lado del pasillo, en una habitación silenciosa, Dina se paró debajo de un fuerte chorro de agua caliente y se restregó y frotó una y otra vez. Aún se sentía sucia; cayó de rodillas desesperadamente en un rincón del baño y lloró.

¿Por qué, Dios? No entiendo. ¿Por qué permitiste que esto me pasara a mí? ¿Dónde estaban los ángeles que supuestamente me protegían? ¿Qué hice para hacerte enojar?

Alguien llamó a la puerta y la sobresaltó.

—¿Está bien, señorita Carey?

—Estoy bien —dijo Dina con una voz ahogada, acurrucada bajo el agua caliente que la golpeaba—. Solo necesito quedarme aquí un ratito más.

—Su compañera de cuarto le trajo algo de ropa.

Dina se puso de pie.

—¿Janet está aquí?

—Acaba de llegar. Está en la sala de espera. El oficial Lawson está hablando con ella en este momento.

Dina cerró los ojos, aliviada, y volvió a apoyar su cabeza contra la pared.

—Dejaré su ropa sobre el asiento. Sin apuro, señorita Carey. Tómese todo el tiempo que necesite. Me quedaré al otro lado de la puerta por si necesita algo. —Dina distinguió el mensaje implícito. La enfermera estaría a una distancia suficiente para darle una sensación de privacidad, pero no tanto como para que se sintiera sola.

Dina salió de la ducha y se secó rápidamente. Se puso la ropa interior de algodón limpia, un jersey liviano blanco de cuello tortuga, un par de Levi's azules descoloridos y un pulóver trenzado amarillo pálido. A pesar de los calcetines blancos de lana y las botas grises con cierre, todavía temblaba. Parecía que no podía controlarse. El terror amenazador de la violación le apretaba el alma y no la soltaba.

Cuando miró al espejo, vio el reflejo de un rostro que apenas reconoció. Se pasó los dedos temblorosos por el enredado cabello rubio y trató de hacerse una trenza francesa. Luego de unos minutos, se dio por vencida. No le importaba qué apariencia tuviera. Solo quería irse. Quería volver a su cuarto en la residencia estudiantil, dejarse sepultar por una montaña de mantas gruesas y nunca volver a salir a la luz.

La enfermera acompañó a Dina a la sala de espera. Primero

vio a Joe, parado en medio de la sala con una expresión llena de dolor y compasión. Janet estaba sentada en el sofá; Edward, parado cerca de las ventanas. Mientras se acercaba, él se dio vuelta y la miró, su rostro marcado por un dolor y una ira terribles. Janet se levantó de un salto y corrió a abrazarla fuertemente.

—Ay, Dina —dijo, llorando—. Ay, Dina, Dina... Ven, cielo. Te llevaremos a casa. Ahora vas a estar bien.

Mientras salían, Edward la tocó una vez: le apretó fugazmente el hombro magullado. Ella se encogió de dolor y él se retiró completamente con la mirada ensombrecida. Percibió la ira en él y se sintió asustada y confundida.

Janet la metió rápidamente en el asiento trasero del Honda de Joe. En todo momento, mantuvo su brazo alrededor de Dina, sosteniéndola cerca. Dina levantó la vista y vio que Joe la estaba mirando por el espejo retrovisor. Sus ojos opacos reflejaban el dolor de Dina.

—Ahí atrás hay una manta, Janet —dijo en voz baja, poniendo en marcha el carro—. Úsala para abrigar a Dina.

Edward no dijo nada hasta que Joe salió del estacionamiento del hospital.

—Encontraremos a ese tipo, Dina. Lo juro. Y lo...

Joe lo miró con aspereza.

—Basta, Edward.

—¡No, basta no! ¡No está nada bien! —dijo Edward con la voz quebrada y se dio vuelta—. ¿Cómo era, Dina?

—No sé. —Sintió que le temblaba la boca, pero no podía impedirlo—. Nunca vi su rostro. De repente, estaba ahí, una sombra en la oscuridad. Y me agarró.

—Déjala en paz, Edward —dijo Joe en tono firme—. La policía se ocupará de eso.

—Sí, claro. Como se ocupa de todo en esta época. —Siguió mirando a Dina—. Tienes que haber visto algo. ¿No ibas prestando atención mientras caminabas por Henderson?

—¡Déjala en paz! —dijo Janet, también enojada ahora—. ¡Hablas como si fuera su culpa que la hayan violado!

—¡Yo no dije eso!

Ni bien Joe estacionó frente a la residencia, Dina se apartó de Janet y buscó a tientas la manija de la puerta. Joe salió del carro, la abrió por ella y la ayudó a bajar. Contrito, Edward los alcanzó en la puerta principal.

—Perdón, Dina. No quise...

—Lo único que quiero es entrar. —Movié la manija y descubrió que la puerta estaba cerrada con llave. El horario regular había terminado hacía mucho. Su corazón empezó a martillar. La puerta de vidrio traqueteó ruidosamente cuando forcejeó para abrirla.

Joe apoyó una mano sobre la de ella.

—Tranquila. La encargada de la residencia está en camino, Dina. Ella abrirá la puerta. Estás a salvo. —Su voz calmada y reconfortante y su presencia la tranquilizaron un poco.

La señora Blythe abrió la puerta. Dejó pasar a Dina y a Janet.

—Ella estará bien aquí, caballeros. Gracias. Nosotras la cuidaremos —dijo, y cerró las puertas otra vez. Dina se dio vuelta para mirar a Edward, parado al otro lado del vidrio. Se sintió agradecida cuando oyó el sonido de la llave girando en la cerradura. La señora Blythe se dio vuelta hacia ella con preocupación y la rodeó con un brazo—. Pensé que te mantendrían esta noche en el hospital.

—Quiso venir a casa —respondió Janet por ella, como una presencia sólida a su lado.

—Bueno, supongo que está bien, si estás segura de que estará bien. —Miró a Dina, evaluándola con una expresión compasiva.

—Estaré bien —dijo Dina forzando una sonrisa y ansiando aliviar las preocupaciones de la encargada. Quería

estar aquí, no en una habitación desconocida, atendida por desconocidos.

—Llamé al decano. Le avisaré que estás aquí para que no vaya mañana al hospital. Él querrá saber cómo estás.

Mortificada, Dina no dijo nada. ¿Cuántas personas sabían lo que le había pasado?

—Mañana alertará al alumnado del peligro que hay en nuestra comunidad —continuó la señora Blythe—. Me aseguré que no mencionará tu nombre, querida, pero es importante que todos estén alerta, hasta que este hombre sea arrestado. —Pulsó el botón superior para llamar al ascensor—. El decano Abernathy quiere evitarte toda la humillación que sea posible. —Evaluó otra vez el rostro magullado de Dina—. Creo que lo mejor para ti sería quedarte unos días en tu habitación.

—Tengo clases.

—Les diré a tus profesores que tienes una gripe seria. Ellos pueden enviarte las tareas aquí. Y Janet podrá traerte las comidas. ¿Qué te parece?

Dina asintió desoladamente, entrando en el ascensor.

—Llamaré a tus padres en la mañana.

Dina palmeó con fuerza la puerta del ascensor para que no se cerrara.

—¡No! ¡Por favor, no lo haga!

—Pero ellos deben saber lo que sucedió, Dina.

—No hay nada que puedan hacer. Solamente los preocupará. Quiero olvidar que esto ocurrió.

—Hablaremos en la mañana. Primero, debes dormir bien esta noche.

—Prométame que no los llamará.

—¿Crees que culparán a la universidad?

—Se preocuparán. No sé qué harían.

—Bueno, esperaremos y luego veremos.

Janet se quedó esperando solícitamente mientras Dina se preparaba para acostarse. Preguntó cómo había sucedido todo, y Dina se lo contó. Quería hablar del tema, desahogar su angustia y su miedo, expresar que se sentía avergonzada y degradada, pero, ante los hechos, Janet puso cara de asco.

—Lamento haberlo preguntado. No volveremos a hablar del asunto. Es mejor que olvides lo que pasó. —Levantó las mantas y las acomodó alrededor de Dina—. Sácatelo de la cabeza y duerme un poco. —Inclinándose, Janet la besó en la frente—. Ojalá me hubieras llamado. Habría ido a buscarte.

Dina sintió una punzada de culpa por no haberlo hecho. Debería haberle hecho caso a la advertencia del señor Packard. Debería haberle pedido a Sally Wentworth que la llevara. Debería haber escuchado a Charlie y tenido cuidado.

—Dijiste que esta noche ibas a estudiar en la biblioteca.

—No fui. Salí con Chad a tomar un café y después volví aquí a estudiar.

Dina no dijo nada más. No podía hablar por el nudo que sentía en la garganta. Si solo hubiera... o si no hubiera...

—¿Estarás bien si te quedas sola unos minutos? Necesito lavarme la cara y cepillarme los dientes.

Dina asintió, obligándose a sonreír mientras trataba de contener las lágrimas que ardían en sus ojos.

Janet tomó su pijama de seda rosada, sus artículos de aseo personal y apagó la lámpara que había junto a la cama. Abriendo la puerta, presionó el interruptor de la luz del techo y dejó el cuarto a oscuras. Su silueta se mantuvo recortada contra la luz que venía del pasillo.

—No tardaré mucho, Dina. Trata de dormir. Mañana todo será mejor. —Cerró la puerta tras de sí.

Dina se volteó hacia el otro lado, se acurrucó en posición fetal cubriéndose la cabeza con las mantas y lloró.



Al día siguiente, Dina llamó a Sally Wentworth y renunció a su empleo en el asilo de la mansión Stanton. Sorprendida, Sally le preguntó el motivo.

—Dedicaré más tiempo a mis estudios. —Ignoró los sentimientos de culpa que la invadían. En parte, era verdad. Iba a tener muchísimo trabajo para ponerse al corriente una vez que retomara las clases.

—Si necesitas más dinero, puedo darte un aumento de un dólar por hora.

—No es por el dinero, Sally, de verdad. —Sabía que tendría que encontrar alguna clase de empleo pronto. No podía darse el lujo de no trabajar en absoluto. La beca cubría una parte de la matrícula. Sus padres pagaban el resto, así como los gastos de la residencia estudiantil. Aun así, seguía teniendo los gastos de ropa, libros y de su carro. Tenía que pagar el seguro, el combustible y las reparaciones.

Si su carro hubiera funcionado la noche anterior, tal vez...

—El señor Packard ha estado preguntando por ti. Va a extrañarte, ¿sabes?

—Lo sé —dijo, y sintió un nudo en la garganta. Pensó en la advertencia del anciano y se sintió apesadumbrada por no haberle hecho caso—. No puedo evitarlo, Sally. Simplemente, no puedo volver. —Ni siquiera pudo atreverse a decir que iría a visitarlos.

—Supongo que puedo entender lo que sientes. No es precisamente un trabajo alegre.

—Lo disfruté.

—Si fuera cierto, no renunciarías. ¿Estás segura de que no hay otra cosa, Dina? Esto es tan repentino.

Vaciló y apoyó su cabeza contra la pared. No podía arriesgarse a decirle la verdad a Sally. Era demasiado humillante. Y

lo peor era que no podía dejar de pensar en eso. Tenía miedo, estaba aterrada. La sola idea de cruzar el campus para ir a la ciudad le aceleraba el corazón. Edward le había traído su carro esta misma mañana, pero ¿qué pasaría si se averiaba otra vez? ¿Y si Janet no podía ir a recogerla? ¿Qué sucedería si Edward estaba demasiado ocupado? Tendría que hacer esa larga caminata por Maple hasta la avenida Principal y tomar el autobús. Tendría que caminar hasta Henderson y pasar el parque...

No. Sacudió la cabeza. No podría enfrentarlo.

—Lo siento, Sally. —Sentía vergüenza de renunciar sin previo aviso. Lamentaba dejarles más responsabilidades a Sally y a Juan. La entristecía que el señor Packard la echaría de menos. Lamentaba todo.

—Me arriesgué contratando a una estudiante. Debí haberlo sabido. Tendré que trabajar horas extra hasta que encuentre un reemplazo. No esperes que te dé buenas referencias. —Hubo un clic brusco cuando Sally cortó.

Durante los días siguientes, Dina trató de abocarse a sus estudios, pero le resultó difícil. Estaba tan cansada que lo único que quería era dormir. Cuando lo hacía, la atormentaban sueños raros y vívidos. No podía concentrarse.

El oficial Lawson llamó y concertó una entrevista de seguimiento en la estación policial de Middleton. Dijo que podía enviar un coche patrullero a recogerla, pero Dina dijo que llegaría por su cuenta. Lo último que quería era que empezaran a correr rumores. Janet le había contado que el campus ya estaba alborotado por la noticia de que habían violado a alguien en el parque municipal.

Edward insistió en llevarla en su carro. Cuando pasó a recogerla, dijo que si alguien los veía en la estación de policía, él ya había pensado en una explicación creíble. Estaban realizando visitas carcelarias y una investigación.

—Déjame hablar a mí —dijo él.

Ninguno dijo nada luego de eso. Se veía preocupado, serio, y los propios pensamientos de Dina corrían precipitadamente hacia el desastre. Tenía el estómago revuelto. Era la primera vez que salía de la residencia estudiantil desde aquella noche. En lugar de salir por el acceso este, Edward se dirigió al camino habitual, pasó por el portón principal y tomó la avenida Henderson. Ella mantuvo los ojos cerrados hasta que dobló en la avenida Principal.

Una vez que llegaron a la estación de policía, Edward esperó en el vestíbulo. Dina soportó una hora de preguntas sobre la noche de la violación. Mencionó la camioneta blanca con la matrícula de Massachusetts. No podía recordar ninguno de los números ni las letras. El oficial Lawson insistió una y otra vez con amabilidad sobre el hombre, aguijoneándola persistentemente para sacarle detalles sobre su aspecto físico, su voz, cualquier cosa que sirviera para identificarlo. ¿Era alto o bajo? ¿Corpulento o delgado? ¿Qué ropa usaba? ¿Tenía algún acento perceptible?

—Lo único que vi fue una sombra oscura. No dijo nada. Solo... me agarró.

No había nada contundente para vincular al hombre que conducía la camioneta blanca con el hombre que la había violado.

Volvió a su casa con un dolor que le partía la cabeza y la hizo vomitar hasta la madrugada.

Nueve días después del ataque, Dina volvió a clases. El primer día fue tortuoso. Siempre se había sentido cómoda con la gente. Ahora estaba nerviosa con tantas personas a su alrededor. Lo peor fue que sus amigas eligieron el «incidente» como tema de conversación.

—Me pregunto quién fue.

—Quizás esa chica de Maine. ¿No se fue de la universidad hace unos días?

—Me enteré de que estaba embarazada.

—Yo no escuché eso. ¿En serio?

—¿Y qué si fue ella? ¿Podrían echarle la culpa por irse? A mí no me gustaría quedarme aquí si me sucediera eso. ¿A ustedes?

—¿Lo atraparon?

—No. Ayer vi un vehículo de la policía en Henderson. Creo que están hablando con todos los vecinos tratando de encontrar a alguien que pudiera haber visto algo.

—Ayer apareció en el periódico que están buscando información sobre el conductor de una camioneta blanca con matrícula de Massachusetts.

—Mi novio dice que no cree que atrapen al tipo. Probablemente, ya cruzó la frontera hace mucho.

—Y volvió a Massachusetts.

—Espero que se quede ahí.

—Espero que tenga un accidente en el camino.

—¿No les da escalofríos pensar en eso? Quiero decir, ¿se lo imaginan? Paso por ahí todas las tardes desde que llegué a la UVN, para ir a estudiar. De seguro ya no sentiré lo mismo, ¿verdad?

—¿Adónde vas, Dina?

Acorralada por las miradas curiosas, se sonrojó.

—A la oficina de empleo estudiantil —dijo, alejándose con los libros apretados contra el pecho como si fueran un escudo.

—Ya tienes un empleo, ¿no? En el asilo de la mansión Stanton.

—Tuve que renunciar.

—Creí que pagaban bastante bien.

—Pagan bien, pero queda demasiado lejos y me quitaba mucho tiempo de estudio. Buscaré un empleo aquí, dentro del campus.

Mentiras, mentiras. Ahora había tantas mentiras...

—Hay un puesto disponible en la biblioteca. Lo sé porque acabo de renunciar. Guardar los libros en los estantes era muy aburrido.

Consiguió el empleo y, hacia el fin de la semana, había recibido su horario de trabajo. Empezó a trabajar el lunes por la mañana.

En apariencia, todo estaba bien. Si sonreía menos, sus amigos simplemente suponían que era porque estaba preocupada por los exámenes parciales que se avecinaban. ¿Acaso no estaban todos igual?

Pero, en lo profundo de su ser, Dina sabía lo que le pasaba. Estaba hecha añicos y no sabía cómo recuperarse. Se quedaba acostada e insomne en su cuarto de la residencia estudiantil, mientras una canción de cuna sonaba en su mente una y otra vez.

Humpty-Dumpty se sentó en un muro

Humpty-Dumpty tuvo una gran caída.

*Ni todos los caballos ni todos los hombres del rey
pudieron a Humpty recomponer.*

Quería hablar de sus sentimientos con Edward, pero cada vez que lo intentaba, él cambiaba de tema. Sentía la distancia que había entre ellos como un abismo profundo que se agrandaba con el paso de las semanas. Seguían estudiando juntos en la biblioteca, entre clases. Seguían saliendo a cenar los viernes en la noche, al cine los sábados y a la iglesia los domingos. Sin embargo, ella anhelaba lo que habían sido. Extrañaba la ternura y la intimidad que habían compartido. Siempre habían conversado de todos los temas. Todavía hablaban, pero no de lo importante; no de lo que asediaba constantemente sus pensamientos y su corazón, ni de lo que estaba carcomiéndolo a él.

Esa noche, estaba sentada en un tranquilo restaurante italiano y escuchaba a Edward hablar sobre su curso de homilética. Durante la última hora, él había repasado cuatro ideas diferentes que estaba considerando para su última presentación. El mesero les había entregado los menús, regresado a tomarles la orden, traído ensalada y ternera a la parmesana para él y un plato de pasta para ella y dejado la cuenta.

—¿Qué te parece? —dijo, finalmente, terminando de comer lo que quedaba en el plato y mirando el de ella por encima del borde de su vaso con agua.

Dina revolvió los fideos de su plato y levantó un poco la cabeza.

—¿Qué te parece a *ti*? —dijo en voz baja, dolida por dentro. Tenía ganas de decir: «¿Qué sientes realmente sobre lo que me pasó? ¿Me responsabilizas a mí, Edward? ¿Crees que fue mi culpa haber sido violada?». No expresó ninguna de esas preguntas, pero él debió verlas en sus ojos, porque su mirada se endureció.

—¿Por qué no puedes simplemente olvidarlo?

—¿Tú puedes?

—Lo estoy intentando. Trato de olvidar que sucedió.

Su mirada era oscura, ya fuera porque estaba enojado o dolido, ella no lo sabía. Sabía que él quería olvidar todo, pero de nada serviría sepultarlo. No sabía qué podía ayudarlos.

—A mí también me gustaría olvidarlo. De verdad. Pero no puedo. Todas las noches sueño con eso. —Mordiéndose el labio, bajó la vista al mantel rojo a cuadros. Si lloraba, solo haría las cosas más difíciles para él.

—Tal vez deberías ir a terapia.

Dina se preguntó si se daba cuenta de lo indiferente y distante que sonaba. ¿Era un problema únicamente de ella? ¿No le concernía también a él? En unos meses, sería su esposo. ¿No deberían importarle sus sentimientos? ¿Qué era lo que

estaba diciéndole realmente? Ella inspeccionó su rostro, herida y confundida.

—Quizás los dos necesitemos ir a terapia.

—Tal vez necesitemos tiempo.

—Estás enojado.

—Sí. Estoy enojado. Me gustaría matar a ese tipo. Pienso en lo que haría si le pusiera las manos encima. ¿Eso es lo que querías escuchar, Dina? Muy acorde con la vocación que elegí, ¿verdad? Cada vez que pienso en lo que fue arrebatado, me siento destrozado. Así que, si no te molesta, preferiría no tener que hablar de esto durante la cena. —Arrojó su servilleta sobre la mesa.

Levantó bruscamente la cuenta, la miró, volvió a dejarla en la mesa, buscó la billetera en su bolsillo y sacó dinero suficiente para pagarla.

—Salgamos de aquí. No pareces interesada en comer nada. —Lanzó el dinero sobre la mesa y salió del reservado.

No dijo nada en el viaje de regreso al campus. ¿Qué podía decir que cambiara en algo las cosas? Edward no le había dicho qué le molestaba, pero ella lo sentía. A veces lo veía en sus ojos, aunque tratara de ocultárselo a ella y a sí mismo.

Estaba contaminada.

Edward entró al estacionamiento cercano a la residencia estudiantil y apagó el motor. Apretando el volante, suspiró profundamente.

—Perdón, Dina. No me gusta pensar en eso, mucho menos, hablar del tema. —La miró desoladamente—. No fue tu culpa. No hiciste nada malo. Simplemente, tendremos que vivir con eso.

«Vivir con eso». Las palabras retumbaron en su mente. Vivir con eso. Vivir con eso. ¿Tendremos que vivir con la monstruosa realidad de lo que pasó? Será entre nosotros como una presencia que crecerá y respirará como si estuviera viva, una bestia agazapada esperando devorar...

—Ay, Edward, quisiera que me abrazaras y me dijeras que todo va a estar bien.

Entonces, estiró su brazo y la acercó a él, pero ella sintió la diferencia. Su gesto fue vacilante, casi impersonal.

—¿Alguna vez volverán a ser las cosas como antes? —No tuvo que mirarlo para sentir que se retraía.

—Si Dios quiere que lo sean.

Sus palabras fueron como un golpe. Dina se apartó y lo miró, atónita.

—Tú piensas que Dios me castigó por algo. Crees que Él permitió que sucediera esto porque quería darme una lección.

—No lo sé. Quizás. Quizás, no. Siempre hemos estado de acuerdo en que de todo se saca una enseñanza. Mira, yo no sé por qué suceden este tipo de cosas. ¿Por qué hay guerras? ¿Por qué la gente del tercer mundo se muere de hambre? No puedo fingir que comprendo la mente de Dios. Lo único que sé es que Dios tiene una razón para todo lo que hace.

Dina lo miró, dolida. Edward siempre había sabido con certeza cuál era la voluntad de Dios. Dios quería que ella fuera a la UVN. Dios quería que ella fuera su esposa. ¿Había cambiado todo eso?

Se dio vuelta, abrió abruptamente la puerta y salió.

—¡Dina, espera un momento! —Edward salió por el otro lado—. ¡Dina, no seas así!

Subió corriendo la escalera de la residencia y entró antes de que él pudiera cerrar su puerta y seguirla. Varias chicas acababan de salir del ascensor cuando Dina lo alcanzó y se metió adentro. Presionó el botón del tercer piso.

Afortunadamente, Janet había salido a otra cita y podría estar sola para pensar, para sentir. Dejó su cartera sobre el escritorio y se desplomó en la silla con la cabeza entre las manos.

Recordó la violencia del Antiguo Testamento, lleno de

historias de adversidad, esclavitud y liberación. Los israelitas habían deambulado por el desierto. Ni siquiera después de que entraron en la Tierra Prometida las cosas fueron fáciles para ellos. Había habido guerras, muerte, tragedia. El pueblo era terco y rebelde. Los profetas proclamaban que se arrepintieran. Israel le dio la espalda a Dios una y otra vez. El pueblo de Dios no quiso escuchar. No quiso confiar ni obedecer. Fueron obstinados y testarudos. Y Dios los castigó para hacerlos volver.

Oh, Dios, yo confíé en Ti. Te he obedecido.

Todos hemos pecado; nadie puede alcanzar la meta gloriosa establecida por Dios.

Trató de pensar de qué manera había disgustado a Dios. Ella lo amaba. A veces, pensaba que había nacido adorándolo. Desde que tenía memoria, Jesús era real en su vida. Era el Novio, el Santo, su Salvador y Señor. La habían criado para sentirse segura y protegida en Su amor. Le habían enseñado que Su mano amorosa estaba en todo.

En todas las cosas.

¿Tú estás en esto, Señor? ¿Lo estás?

Dios es el alfarero. Yo soy el barro.

Podía ver a su madre, sonriente y diciendo: «Dios está moldeándote para que te conviertas en la hermosa mujer que Él quiere que seas».

Oh, Dios, ¿por qué me destrozaste? ¿Por qué me echaste dentro de la cisterna? ¿Acaso los actos de violencia no suceden como venganza? Oh, Jesús, ¿qué hice para contrariarte? ¿Fue porque estaba demasiado orgullosa de Edward? ¿Estaba demasiado feliz por casarme con él? ¿Fue porque no pasé tiempo suficiente con el señor Packard? ¿Fui grosera con ese hombre de la camioneta blanca? ¿No he orado lo suficiente? ¿Amaba más a Edward que a Ti? ¿Es por eso que pusiste este muro entre nosotros? Oh, Jesús, ¿qué hice mal? Oh, Jesús, Jesús...

Sonó el teléfono. Sabía que era Edward, y no contestó.